

Jesucristo, Pan de Vida, comunión fraterna¹

RESUMEN

Esta reflexión ha sido propuesta por un grupo de profesores de nuestra Facultad para poner nuestra mirada en una dimensión de la Eucaristía que ayude a comprender su sentido dentro de la vocación de toda la creación de llegar a su plenitud. En el marco del bicentenario de nuestra Patria, el grito de los postergados, el dolor de los que sufren, las incomprendiones que vive todo hombre se vuelven también presencia de Jesús que interpela desde el misterio eucarístico. Ella es signo de la promesa pero también profecía y misión; nos anticipa la comunión eterna, pero –precisamente por ello– se constituye en desafío para la historia.

Palabras clave: Fraternidad, justicia, comunión, pueblo, nación, eucaristía

JESUS CHRIST, BREAD OF LIFE, FRATERNAL COMMUNION

ABSTRACT

This reflection has been proposed by a group of professors of our Faculty in order to consider how the Eucharist may help to understand the vocation to fulfillment of all Creation. In the framework of the bicentennial of our homeland, the cry of the outcasts, the pain of those who suffer, the incomprehension experienced by human beings becomes a presence of Jesus that questions us from the Eucharistic Mystery. This is sign of the promise but also prophecy and mission; it anticipates the eternal communion, but –precisely for that reason– it constitutes a challenge for history.

KEYWORDS: Fraternity, Justice, Communion, People, Nation, Eucharist

1. Esta reflexión ha sido escrita por un grupo de profesores de nuestra Facultad que han querido ofrecer este aporte en el año del Congreso Eucarístico Nacional y del bicentenario de la Independencia. Ellos son: Omar Albado, José Carlos Caamaño, Esteban Casella, Néstor Corona, Fernando Ortega y Gerardo Söding.

Hace casi diez años, mirando hacia el bicentenario, los Obispos de la Argentina propusieron algunas metas posibles de alcanzar.² Hoy quisiéramos destacar algunas de ellas, que estimamos esenciales y que conservan su urgencia y actualidad. Ante todo, promover el diálogo entre las distintas corrientes de opinión política, en orden a alcanzar un razonable consenso en todas las cuestiones que hacen a la vida en comunidad y que hoy reclaman particular atención. Así por ejemplo, el funcionamiento transparente de las instituciones republicanas en una auténtica vida democrática; el control del ejercicio del poder; la erradicación de la corrupción. Tal diálogo sólo será posible si, en sincera reconciliación, todos los actores de la vida comunitaria nos aceptamos mutuamente, asumiendo con verdad el propio pasado.

Del diálogo así propuesto podrán emerger respuestas a las cuestiones políticas, económicas, sociales que deberán ser asumidas con ejemplaridad moral por quienes tenemos alguna responsabilidad social; de esta ejemplaridad podrá resultar un auténtico liderazgo para servir a todos los argentinos, en especial a aquellos que, en distintas dimensiones de su vida, aún siguen postergados.

Con la afirmación de su independencia política un pueblo llega a un momento decisivo en el camino histórico hacia su plena identidad. Hacer memoria del día en que empezamos a transitar dicho camino es penetrar en nuestra interioridad como pueblo, para hacernos cargo, para tomar en nuestras manos el dinamismo de esa identidad como fuente de tareas a cumplir, y como foco desde donde desarrollarnos. Así también, creemos que, en un nivel nuevo, la presencia del Dios que nos muestra Jesús nos da la posibilidad de profundizar nuestra identidad, para desde allí cualificar de un modo eminente toda tarea humana.

Pensamos que quizás, en el fondo de toda aspiración y deseo profundos humanos alienta algo último y plenificante que no presenta límite alguno, como una posibilidad que supera toda imaginación. De ello dan testimonio de distinta manera los mitos de la humanidad, las artes y las palabras de los grandes pensadores de la filosofía y de la literatura. Pero también cada hombre, en los proyectos y quehaceres de su vida,

2. *Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad (2010-2016)*, Documento de los obispos al término la 96ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina (Pilar, 14 de noviembre de 2008).

puede advertir aquella atrayente meta final. En ese dinamismo nos hallamos también los creyentes cristianos, proclamando su cumplimiento en la figura histórica de Jesús, quien habla de un *Dios* que es Padre.

Es cierto que la palabra *Dios*, en la cultura de nuestro tiempo, ha perdido para muchos su valor, se ha gastado, se ha vuelto insignificante, algo pasado de moda. En alguna medida eso puede deberse a la falta de irradiación de su nombre en lo concreto de nuestras vidas. Si como cristianos nos arriesgamos a proponer hoy a todos, como algo de vital importancia, un modo de vida más fraterno y humano que tiene su fuente en Dios, lo hacemos desde nuestra conciencia de que, como comunidad creyente en la Argentina, hemos vivido y vivimos en muchas ocasiones concretas, personales y de nuestra historia por debajo de ese ideal de fraternidad y humanidad. Sin embargo, con todas nuestras miserias, ese ideal nos continúa atrayendo y fascinando.

Los cristianos nos vinculamos con Aquel a quien llamamos Dios a través de *Jesucristo*, por quien nos sentimos tocados para reconocer los rasgos propiamente divinos de Dios y, sin confusión, la dignidad sagrada del ser humano (cf. *Gaudium et Spes* 22). En Jesucristo, y en su *Evangelio* del amor compasivo y fraterno, reconocemos que Dios es un Padre que ama desmesuradamente a cada uno de sus hijos, y que nos mueve a imitarlo recibiéndonos y celebrándonos unos a otros como un don de su amor.

Junto a su *Evangelio*, el Señor Jesucristo, para introducirnos en ese amor nuevo, dejó su presencia en la *Eucaristía*. Los cristianos, desde los primeros tiempos, acudían a “la fracción del pan”. Todavía hoy, los domingos, “vamos a Misa” para recordar el día de la victoria de Jesús sobre la muerte, el odio y la violencia, y para participar de ella comiendo ese pan viviente. Sabemos que esto suena extraño, raro, desconcertante, paradójico en general a los oídos de nuestros contemporáneos, pero confesamos que también lo es para los que creemos en la vida divina presente en la Eucaristía. De este desconcierto, de esta extrañeza de la Eucaristía, que es nuestro tesoro máspreciado, queremos hablar en esta reflexión que proponemos.

El Papa Francisco nos recuerda que el *Evangelio* es para el bien de todos: “Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien

impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción” (EG 14).

Deseamos entonces abrir a todos nuestro corazón creyente, para contagiar, si fuera posible, la alegría nueva que nos nace de esa extraña realidad de la *Eucaristía*. Deseamos que quien no comparta nuestra fe pueda al menos sospechar, advertir en lejanía, ese gozo de vida como algo humano pleno y posible.

1. Desde el Corazón de Dios

Vislumbrar, con la mirada de la fe, al Dios que se trasluce en Jesucristo, modifica a fondo nuestros conceptos acerca de Dios, es decir, conmueve permanentemente la idea o imagen que nos hacemos de Él, incluso como creyentes. Sin duda, lo primero que percibimos de ese Dios en Jesucristo es su proximidad, su cercanía. El cielo en el que este Dios habita está en la tierra, y especialmente, en el corazón humano, cuando es humilde y pobre, manso y tierno, fraterno y libre. Son rasgos que Jesús vivió de manera plena. Creemos que esos rasgos, ya presentes de algún modo en todo hombre, con sus anhelos y temores, se pueden ahondar en el encuentro cada vez más íntimo con el corazón de Dios presente en Jesucristo. El Dios que se aproxima nos quiere hacer experimentar su ternura, su paz. Su cercanía es una invitación a entrar en su Vida, en su inagotable Amor por la humanidad.

Esta cercanía, que desborda nuestros esquemas humanos, se nos manifiesta como relación amistosa y familiar: este Dios se llama *Padre*. Jesús se dirigía a Él con una palabra de casi escandalosa intimidad: “Abbá”, que podemos traducir por “papá”, o también “tata”, como se suele decir en nuestro país. Al ser verdaderamente Padre, este Dios engendra hijos. Uno de ellos, Jesús, es el Hijo “amado”, el Primogénito de muchos hermanos. De Él creemos que es Dios, como el Padre, y confesamos que se aman con un Amor sin límites, ese amor es identidad personal: el Espíritu Santo, Dios como el Padre y el Hijo. Este Dios no es, entonces, un Dios solitario. Desde siempre y para siempre Él es una Familia, una Comunidad de Amigos: una Vida que es Comunión entrañable.

Jesús nos enseña así la cercanía y la amistad de un Padre que quiso, desde siempre, derramar su Vida y su Felicidad infinitas, ofreciéndolas gratuitamente a la humanidad entera con el único objetivo de hacer una Alianza con sus hijos, para que vivan en plenitud, para que vivan en comunión feliz e imperecedera. Es el sueño del Padre, su deseo más entrañable: sentarse a su mesa rodeado de sus hijos y compartir con todos ellos, hospedados en su casa, el pan de su propia Vida. Y puesto que los hombres fueron creados por Él verdaderamente libres, decidió respetarlos incondicionalmente, asumiendo el riesgo de esa libertad. Aún si los hombres equivocaran el camino, aún si cambiaran su imagen más que adorable y amable por la de un ídolo perverso y violento; aún si lo hiriesen en su Corazón y lo condenaran a una muerte ignominiosa, crucificándolo entre malhechores, nada de eso lograría apartarlo de su sueño, ni hacerlo renunciar a su deseo. Sólo que ahora, para hacerlos realidad, se excederá a sí mismo dando más de lo que había ya dado y prometido al crearlos a su imagen. Así, el Padre, en su Hijo, entrará desarmado en nuestro mundo, en nuestra historia, “vaciándose de sí mismo” (cf. Flp 2,6-11), haciéndose hombre. Y vulnerado, desfigurado por el odio, la mentira y la violencia, protagonizará, en favor nuestro, un admirable intercambio: tomar de nosotros la muerte y regalarnos la Vida, su Vida.

Este regalo alcanzó una belleza y una densidad supremas en la libre donación de su Vida en la Cruz, donación de puro Amor que el mismo Jesús anticipó en la Última Cena: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos”... (Jn 15,13); “este es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes..., mi Sangre, que se derrama por ustedes...” (Lc 22,19.20). Desde la conmovedora humildad de esa comida, Él aguarda, más aún, anhela ardientemente nuestra presencia en ella. La plenitud de su gozo está puesta en nosotros, en lograr que nosotros vivamos, porque “la gloria de Dios consiste en que el hombre viva”, como enseña San Ireneo. Somos la alegría de Dios cuando dejamos que su Amor desarmado triunfe, nos desarme y nos transforme de enemigos en amigos.

2. Hacia el corazón humano

Cuando “vamos a Misa”, cuando celebramos la Eucaristía, hacemos lo que el mismo Jesús pidió en la Última Cena: “hagan esto en con-

memoración mía”. Lo mueve un Amor que se nos sigue dando “hasta el extremo”. Amor que es Él mismo (cf. 1 Jn 4,8), y que al comerlo, quiere y puede ser también nuestro. Verdaderamente, se trata de algo a la vez admirable y desconcertante. Incluso podemos decir algo “extraño”, ya que se trata de comer la carne de Dios y de beber su sangre. Así lo afirmó el mismo Jesús en la sinagoga de Cafarnaún: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). Sus oyentes se escandalizaron: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” (v.52). Pero Jesús no atenuó sus palabras: “Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre *no tendrán Vida en ustedes*” (v.53). Muchos discípulos abandonaron ese día a Jesús. Lo que les proponía les resultó intolerable. La reacción fue comprensible: Israel había logrado superar, después de muchos siglos de esfuerzo, la práctica de sacrificios humanos. Jesús parecía proponerles algo que ellos entendieron como un regreso inaceptable a la crueldad de prácticas sacrificiales arcaicas, de las que Yahvé los había ayudado a liberarse progresivamente.

Ante esas palabras de Jesús también nosotros, hoy, podemos sentirnos desbordados, desorientados. Y se comprende entonces una doble posible reacción: o la de rechazar todo esto como inadmisibile, o la de aceptarlo pero diluido, privándolo así de su carácter extraño, desconcertante. Si elegimos mantener la extrañeza, lo insólito, podremos disponernos a recibir el sentido verdadero de las palabras de Jesús – “mis palabras son Espíritu y Vida” (Jn 6,63) – y darnos cuenta de que en la Eucaristía se trata de lo humano, de *la vida de los hombres*. Lo que Jesús ofrece es Vida, “vida eterna”, es decir, vida liberada de la muerte: “el que coma de este pan vivirá eternamente” (Jn 6,58). Esa “vida eterna” no se refiere solamente a una vida que será “eterna” después de la muerte, sino también, y especialmente, a la vida que ya desde ahora está liberada de la muerte: significa otro modo de vivir, señala una vida “otra”, divina. Para nosotros, los humanos. Este es el núcleo del Evangelio, de la Buena Noticia.

En la Eucaristía Dios quiere llevar adelante el rescate, la recreación de *todo* lo humano. Para eso Él desciende, en Jesús, hasta el subsuelo donde anidan la muerte, la violencia y la crueldad, permitiendo que su fuerza ciega se descargue sobre Él, el Cordero de Dios. Jesús desciende y es sumergido en ese abismo “hasta el extremo” (Jn 13,1), para atravesarlo, para reorientar hacia la vida esas fuerzas poderosas, transfigurándolas

desde dentro y liberándolas así de su fascinación destructiva. Jesús asume la lógica de la violencia desde el amor “hasta el extremo” (Jn 13,1), como sólo Dios – pura donación– puede hacerlo. Así, dicha lógica, en su aparente triunfo –Jesús muere– queda vencida. “Yo doy mi vida para recobrarla. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo” (Jn 10,17-18).

En la Cruz, Jesús nos mostró que Dios da la Vida en plenitud atravesando todo lo que se opone a ella. En su oración de abandono confiado –“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)– le pide a Dios lo humanamente imposible: amar dentro mismo de lo que es más contrario al amor; perdonar de corazón a aquellos que le están dando muerte; abandonarse a Su amor cuando siente que Dios lo abandona (Mt 27,46). El “sí” total de Jesús a la voluntad amorosa del Padre transforma, desde dentro, el sentido homicida de la Cruz; en ese infierno florece el cielo: “hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43). A partir de entonces se abre en el mundo y en la historia un camino nuevo, para todos, el Camino que es el mismo Jesús y que es la Vida. La lógica violenta es asumida y redimida por la lógica de Amor del Cordero inocente, que, atravesando el abismo de la muerte, hace estallar, en el silencio de la noche del sábado santo, la tumba que ya no puede contener al Hombre viviente. Ha resucitado. Y nosotros con Él. ¡Es “el Viviente” (Ap 1,17)! Algo nuevo, en todo sentido, ha sucedido: el sacrificio no es ya sólo muerte, sino paso a la Vida, paradójicamente victoriosa.

Esta novedad, anticipada en la Última Cena, y que ahora se nos da en la Eucaristía para poder renacer eucarísticamente, significa compartir con Jesús el itinerario pascual, atravesando las fuerzas destructivas de la muerte y reorientándolas hacia la vida. ¿Cómo nos unimos al Señor que, habiendo padecido nuestra violencia y nuestra muerte, recrea nuestra vida desde la raíz por Su amor que se hace perdón (cf. Lc 23,34)? Reconociendo nuestra participación en la violencia de la muerte de Jesús y, simultáneamente, en su Resurrección: “Siempre que coman este pan y beban esta copa, [ustedes] proclaman la muerte del Señor hasta que Él vuelva” (1 Cor 11,26). Este es, paradójicamente, nuestro primer paso hacia la Vida. La Iglesia lo canta en la Vigilia Pascual: “¡Oh culpa feliz!”. Así vivimos ya en la Vida del Hombre nuevo al soplo de su Espíritu infundido en nuestros corazones.

Esa nueva Vida es en nosotros un único movimiento: fe, esperan-

za y caridad. La *fe* es “tocar” y dejarnos “tocar” por Jesús, “el Viviente” (Ap 1,17): “Con la fe, nosotros podemos tocarlo, y recibir la fuerza de su gracia. San Agustín, comentando el pasaje de la hemorroísa que toca a Jesús para curarse (cf. *Lc* 8,45-46), afirma: «Tocar con el corazón, esto es creer »” (*Lumen fidei* 31). Creer es pronunciar el “amén” que responde al Amor primero del Padre manifestado en el descenso del Hijo a nuestra noche, para pasar con Él de la muerte a la Vida: “el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11,25). Al dejar entrar en la propia vida el don de esa Vida más allá de toda muerte, los creyentes gustamos ya lo que confiamos alcanzar y que se nos dará como plenitud inimaginable: esta es nuestra *esperanza*. Creyentes esperanzados, nos transformamos en amigos de Dios y de nuestros hermanos, permitiendo entonces que la *caridad* llene de gozo la vida compartida.

La Eucaristía, sacramento de la fe y viático de la esperanza, es, como modo de existir, amistad, actitud agradecida en la que el ser humano, recibiendo y dando el regalo del amor, se libera de la tristeza de una vida contaminada por la muerte y vive ya una plenitud que, dentro de la precariedad de las cosas de este mundo, posee el sabor de las realidades definitivas (Cf. 1 Cor 13,1-13).

3. *Ser y hacer en la comunión y la acción de gracias*

Superada con Jesús la atracción y el poder de la muerte y de su cortejo de tristezas, el ser humano surge nuevo, gracias al Don del *Espíritu* divino que se derrama en su corazón desde el Corazón del Viviente. El Espíritu es la divina fecundidad que se nos da para poder hacer visible a Jesús a través de nuestra manera de existir. La Eucaristía es ahora una *tarea* que nos toca realizar: construir en el amor un Cuerpo amplio, tan amplio como la humanidad toda, incluyendo la creación entera: “Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo.” (1 Cor 12, 12.13).

Este amor edifica el Cuerpo de Cristo. El verdadero sujeto que acontece y adviene en la Eucaristía no es el yo individual, aislado de toda relación, sino el *yo-nosotros*, cuya Cabeza es Cristo. Por eso la relación

de cada uno con los demás no es un agregado, un adorno, sino que es el centro viviente de la experiencia eucarística, lo que ella significa y realiza más allá de toda posible comprensión conceptual: “Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan” (1 Cor 10,17).

En la Eucaristía como experiencia eclesial aprendemos a vivir *el carácter excesivo de la comunión*. En ella descubrimos nuestra verdadera identidad, la que vivimos no en la árida soledad de un yo aislado sino en la comunión: en ella, desde ella, cada uno de nosotros es dado a sí mismo: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos...” (Jn 15,5). La Eucaristía es el ámbito privilegiado en el que nace nuestra verdadera identidad, un yo-en-comunión. Ese es nuestro nombre nuevo, inseparable del nuevo Nombre de Dios: el “Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” de la Antigua Alianza (Ex 3,6) se dice ahora en plenitud –Nueva Alianza– dilatándose para incluirnos amorosamente *a todos* en Él: “Yo –con ustedes– soy” (Mt 28,20), “ustedes son mis amigos” (Jn 15,14).

Nuestra identidad eucarística, nacida de la Alianza, pide una “coherencia eucarística” en la vida (cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*), nos ubica en el umbral de una decisión, la de *querer vivir con otros*, desplegando en el *hacer* nuestra verdadera identidad. Querer ser efectivamente con otros está en la base de toda posible convivencia en sociedad, y la Eucaristía nos inserta en ella de manera profunda y vital, buscando que fructifique el “nosotros” de una renovada amistad social, signo y anticipo de la “comunión de los santos” que anhela la esperanza cristiana. En síntesis, la Eucaristía nos regala la posibilidad de un nuevo modo de ser y hacer siempre más fraterno, más amistoso, según una nueva y audaz “imaginación de la caridad” (cf. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*).

Este nuevo modo de ser y hacer florece como acción de gracias. Precisamente, se trata de lo que radicalmente significa la palabra “eucaristía”, a saber, acción de gracias, celebrar con alegría y júbilo el don recibido de Dios, la Vida sobreabundante y el don correspondido, el “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”. Esta actitud era uno de los rasgos característicos de la relación de Jesús con su Padre. Para el cristiano, la acción de gracias es fruto de un maravillarse por el insondable designio divino por el que hemos renacido gratuitamente como hijos y también por los frutos que ese nacimiento produce.

Como argentinos celebramos y agradecemos como un don el vivir en este bendito suelo argentino. Es bueno tener presente las palabras del Papa Francisco: “Cada uno de nosotros tiene una historia: una historia de gracia, una historia de pecado, una historia de camino, tantas cosas. Hace bien rezar con nuestra historia... Escuchar al Señor y hacer memoria. No se puede rezar cada día como si no tuviéramos historia. Cada uno de nosotros tiene la suya. Y con esta historia en el corazón vamos a la oración... Hacer memoria de nuestra elección, aquella que Dios ha hecho sobre nosotros. Hacer memoria de nuestro camino de alianza... Hacer memoria de la promesa que hace Dios y que jamás decepciona, que es nuestra esperanza” (Homilía en Santa Marta del 7 de octubre de 2014).

De esta manera, la Eucaristía es también anticipo de un cumplimiento en el corazón de la Jerusalén celestial, “la morada de Dios entre los hombres: el habitará con ellos, ellos serán su Pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. El secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó” (Ap 21,3). El dar gracias a Dios por el advenimiento definitivo de su Reino se transfigurará allí en el canto nuevo que da gloria a Dios, perpetuo e inefable éxtasis recíproco de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

4. En nuestra realidad

La celebración Eucarística sintetiza la extrañeza del Dios omnipotente presente en la humildad del pan y del vino, el desborde de cercanía divina fruto de un amor sin límites que produce una comunión capaz de sanar las heridas de un hombre que se aleja de Dios y de un hombre que se distancia por egoísmo de su prójimo. Esa fuerza redentora se extiende a toda la humanidad en todo momento, particularmente cuando la vida, con sus angustias y su carga de dolor, impone su propia extrañeza. El hombre, que anhela con intensidad ser feliz, padece el límite desconcertante del sufrimiento, de la pobreza, de la exclusión y de la injusticia.

Esto último lo percibimos cuando la enfermedad golpea la puerta de una familia, cuando la violencia en cualquiera de sus formas trunca la existencia de las personas, cuando la injusticia prevalece en las relaciones personales o institucionales, cuando la muerte reviste con la tristeza lar-

gas etapas de la vida, cuando la tragedia se hace presente como consecuencia de un accidente o de una impericia humana afectando a personas individuales o a grupos humanos circunstancialmente reunidos, cuando la tristeza degenera en depresión cegando el corazón en un sinsentido existencial, y en tantas otras situaciones en las que el hombre queda expuesto a dar cuenta de la paradójica extrañeza de su destino.

La Eucaristía no es ajena a estas experiencias humanas. Escuchamos a hombres y mujeres que nos piden oración por sus difuntos, que serenamente reclaman el consuelo y la compañía de nuestras plegarias, seguros de que Dios nos escucha, que agradecen nuestras homilias cuando brotan de un corazón convencido de aquello que celebra, que reciben de nuestras manos la comunión que les da fuerza para seguir adelante, que piden con devoción la bendición, que tiene un valor especial si se recibe en la misa. Son muchos los que peregrinan a los santuarios y se acercan a las parroquias con la carga de una existencia marcada por el dolor y con la convicción de una fe que sabe que Dios nunca los abandona.

Pero también son muchos los que agradecen porque han descubierto que el Dios de la vida prevalece sobre la muerte. Nos alegra una mujer embarazada que agradece el don de la vida, las familias que piden y luchan por vivir en unidad, el creyente que renueva su fe con la gracia del perdón. En la Eucaristía todos son asumidos por Cristo, que en su amor extremo los incluye a todos. La Iglesia, imitando a su Maestro, tampoco quiere dejar a nadie al margen. Precisamente la Eucaristía es fuente y culmen de la vida de la Iglesia (*cf LG 11*) porque revive en cada celebración el carácter excesivo de la comunión. Humildemente hoy queremos recordar y recordarnos a nosotros mismos que la Iglesia servidora que peregrina en la Argentina tiene también como misión asumir como propios, en cada misa que celebra, sus gozos y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias (*GS 1*), sobre todo las de los pobres y las de cuantos sufren.

Todo lo dicho aquí acerca de la Eucaristía nos pone en una dimensión que ya no es simplemente la de lo inmaterial o lo material, lo divino o lo humano, el cielo o la tierra. Tales divisiones quedan superadas, porque hay aquí algo cuya consistencia es más fuerte, más real, más definitiva, y sólo difícilmente expresable en palabras, pero que se puede lúcida y experimentalmente experimentar como Amor. La Eucaristía nos ofrece ese Amor:

en ella el hombre y Dios son uno, manteniendo su distancia infinita, que es intimidad perfecta. Tal es la dimensión en la que acontece la Alianza Dios-hombre “desde antes de la creación del mundo” (Ef 1, 4) y hasta su “escandalosa” concreción eucarística, dimensión “extraña” y, sin embargo, extrañamente entrañable para toda vida humana.

Tener en cuenta la real posibilidad de esta vida es decisivo, precisamente cuando los argentinos recordamos, interiorizamos el aflorar de nuestra identidad como pueblo, celebrando el bicentenario y, con ello, las tareas que desde allí deberían seguirse. La vida eucarística se nos presenta entonces como continuación inusitada a realizar en la vida social política; y, para quien no cree, puede mostrarse como un ideal que actuaría al modo de un valioso motor –al menos como una atractiva utopía humanizante– del quehacer social en todas sus dimensiones. De este modo, como señala el Papa Francisco, será posible desarrollar “una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto” (EG 228). La Eucaristía, en su particular modo de mostrar hasta dónde es capaz de llegar el amor de Dios, nos señala el camino para construir un país donde vivamos como hermanos.

La Eucaristía, en la que Cristo se abaja y se da generosamente, constituye una llamada a sus discípulos para hacer lo mismo. Desde el bautismo, el cristiano es constituido en misionero, llamado e invitado a una misión. La misión de inundar de justicia, de caridad y de paz el mundo cotidiano en el que habita, el hábitat concreto en el que se desarrolla su existencia.

En esto creemos los cristianos. Esto es lo que deseamos compartir con todos los que creen en Dios. Pero deseamos compartirlo también con los no creyentes, con aquellos que tengan un corazón generoso y solidario, y que deseen que este aniversario de la independencia constituya un nuevo punto de partida para una nación más unida, más fraterna, más dialogante y solidaria.

16.12.2015 / 20.02.2016